Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

32 – La noche de los emires

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

32 – La noche de los emires

El visir Shâhîn, en ese momento, estaba apaciblemente acostado en su lecho cuando, de pronto, sintió que una mano se posaba dulcemente sobre su pecho.

- ¡Que el nombre de Dios sea sobre tu corazón! –dijo el desconocido–. Levántate, poderoso visir.

- Y tú, ¿quién eres, hijo mío?

- Nada temas. Yo soy Imâd El-Dîn, sobrino del capitán Maarûf, y el marido de su hermana. Mi tío te saluda y me ha dicho que te diga que "Aquí no manda el cadí; así que tenéis que venir todos a presentar vuestros respetos a Baïbars, el rey del universo". Tú eres su amigo, ¿no? Pues si vienes de buen grado, perfecto; si no, vendrás a la fuerza: ¿qué me dices?

- ¡Sobre mi cabeza y mis ojos! –respondió el visir, que había comprendido de qué iba la cosa– Estoy totalmente de acuerdo contigo, pero no está en mis manos.

- ¡No te preocupes lo más mínimo! Mañana, todos vendrán a suplicarte que reanudéis la marcha. Así que, buenas noches.

- ¡Que Dios te guarde!

Esto es lo que le pasó a visir.

Y en cuanto al cadí, que también estaba dormido, de pronto tuvo la sensación de que una montaña acababa de sentársele sobre su pecho.

- ¡Misericordia! –gimió, medio dormido– ¡esto debe ser una pesadilla!

- ¡Dispierta, sinvergüenza, jodido cornudo! –le gritó una voz.

El cadí, abrió los ojos y vio a un individuo grueso y fuerte como un joven búfalo, que le contemplaba con una mirada funesta.

- ¿Quién eres tú? –gritó espantado.

- Yo somos Yabal, ¡eh, maricón! ¡Rayos y truenos, cadí, tú vas a ir a Alepo, a saludar al señor Baïbars, o bueno, pues por la vida de nuestro padre, yo ti mitemos la mano por el ojete el culo, y ti damos la vuelta como a un calcetín viejo!

- ¡Sobre mi cabeza y mis ojos! –balbuceó el cadí–. ¡Desde mañana, a primera hora, nos pondremos en marcha!

- Por cierto, cadí, ¿sabes las itapas que hay disde aquí hasta Alepo?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Nnn… no.

- Pues yo te las voy a dicir, y tú ti vas acordar muuyy bien. Viamos, al salir de aquí, primero vas a Qutayfeh…

Y le atizó un sonoro pescozón.

- ¡Piedad! –gimió el desgraciado.

- Ricuérdalo bien, maldito bastardo. Y, dispués de Qutayfeh, viene Qâra –prosiguió, propinándole otro buen mamporro–, y dispués de Qâra, está El-Nabek; luego Hasseh, Homs, Hama, El Maarra, Jân Sheyjûn, Sarmîn, y, por último, Jân Tumân.

A cada nueva etapa, le asestaba un pescozón en la nuca; después, le indicó, del mismo modo, el número de horas que se tardaba en hacer cada una; al final, el cadí estaba a punto de entregar su alma.

- Y ahora, ¡a dormir! ¡Venga, arribújate bien! –le dijo Yabal arropándole con las mantas hasta cubrirle la cabeza. El cadí se hizo un ovillo, esforzándose en hacerse lo más pequeño posible, parecía un repollo.

- ¡Y cuidadito con moverte, o yo ti cortamos la cabeza! –añadió Yabal.

Y Aïbak también vivía una noche agitada; pues mientras dormía apaciblemente, de pronto, tuvo la sensación de que una enorme roca lo estaba aplastando.

- Me refugio en Dios contra los engaños de Satanás, el lapidado –gimió, despertándose– En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.

- ¡Hola, Aïbak! –oyó entonces decir a la voz de Siwân.

- ¡*Amân djânem sawarsan*! *Olân* Salmân, ¿dónde estar el dinero?

- Esto no va de dinero, jodido cabronazo! ¡Eh, Aïbak; soy yo, Siwân el que si ha sintado sobre tu pecho! ¡Livanta un poco tu jodido cabezón!

Aïbak levantó la cabeza y vio a un ser enorme y terrorífico, como un *yîn* rebelde.

- ¡*Amân*! ¡Piedad, te besar la mano! Pero yo ¿qué hacer a ti?

- Por los veinte dioses, ¿es que no vas a ir tú a ricibir al *jawand* Baïbars?

- ¡Claro, claro que sí, por supuesto que yo ir! *Vallah* yo ir encontrarle a él.

- Mucho cuidadito, ¿eh? –continuó Siwân, señalándole el cuello con su dedo–. Mañana sólo dirás que esto ha sido un sueño.

Y Siwân comenzó a sacudirle y a menearle, tanto y tan bien, que a punto estuvo de entregar su alma al diablo.

- ¡Bueno! ¡y ahora, a dormir! –concluyó.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡*Echta*, yo ya dormido!

- ¡Venga, la cabeza dibajo las mantas, y como ti muevas, yo agarramos mi piqueña *shâkriyyeh* y te ribanamos en dos! Bueno, ahora yo me voy…

Aïbak se subió las mantas hasta taparse con ellas la cabeza e intentó dormirse; pero ¡cómo hacerlo en tales condiciones! Al cabo de un momento, a punto de atufarse, levantó la cabeza: el otro estaba frente a él, con la *shâkriyyeh* desenvainada.

- *Echta* aún no irse –exclamó.

- ¡Maldita sea! ¿No ti habíamos dicho que no livantaras la cabeza?

- *Djânem*, yo arrepentir. *Echta* ahora yo seguro dormir.

Después de esto, Siwân le dejó tranquilo y se marchó.

En cuanto a Nisr, fue a visitar a Sharaf El-Dîn, mientras que Oqab hacía lo propio con Qalaûn, y así, todos los demás se aplicaron con los otros enemigos de Baïbars.

A la mañana siguiente, el visir Shâhîn se presentó en el Consejo; el primero en llegar fue Sharaf El-Dîn. Se sentó sin decir nada, con la mirada baja, y aspecto malhumorado. El visir sonrió para su coleto; acababa de comprender toda la jugada, pero se guardó muy mucho de decir nada.

En cuanto al cadí, era medio día y aún estaba acurrucado en la cama; por fin, sus criados entraron en la habitación para despertarle.

- Levántate, cadi *efendi* –le dijeron–. ¡Has dejado pasar la plegaria del alba!

- ¡Dios lo juzgará! –respondió el cadí.

Se levantó, se miró en el espejo, y se dio cuenta de que tenía la nuca toda en carne viva y cubierta de coágulos de sangre. Se limpió lo mejor que pudo, disimuló la huella de los pescozones bajo un fular, y se fue al Consejo. Cuando entró, Shâhîn observó que el cadí tenía un aspecto deplorable, y que estaba lívido como la muerte. Y el cadí se sentó en su lugar sin saludar a nadie.

- Y bien, cadí, ¿qué te sucede? –le preguntó el visir.

- ¡Ay, que Dios te libre de lo que yo sufrí ayer! Figúrate que, hacia la media noche, me dio un acceso de fiebres, y creí que no sobreviviría hasta esta mañana. Pero dime, Shâhîn, ¿hasta cuándo vamos a quedarnos en Damasco? ¿Cuándo nos vas a dar la orden de partir para reunirnos con nuestro hijo bien amado? ¡Ah! ¡cuán cruelmente nos hace sufrir su ausencia!

- ¡Cómo cadí! ¡Nos hemos tomado el trabajo de venir desde El Cairo a Damasco, sin que él se digne mover ni un dedo, y aún tenemos nosotros que correr a su encuentro! ¡No, desde luego que eso no se hace!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Escucha, a mí me da igual lo que se debe o no se debe hacer! Si tú no quieres ir, partiré yo solo, con Aïbak, Qalaûn…. [y citó los nombres de todos los emires enemigos de Baïbars] Sabes; echo mucho de menos a ese muchacho…

- Eh, por Dios, cadí, tú no decir eso de corazón –interrumpió Aïbak–. ¡Tú mentiroso hasta con tu barba, yo saber!

- Yo también saber –gruñó Qalaûn. Tú pasar mala noche; negra, negra como carbón.

- Vaya, vaya –dijo el visir con un aire naíf–, al parecer, tenéis vuestros secretillos, ¿eh?

- *Amân*, Hâch Shâhîn, Ayer noche, yo dormido, descender un hombre con cabeza muy grande, un ojo muy grande, una barba muy grande, manos como palas, dedos como pepinos. Él me pega en cabeza: "Y tú, ¿por qué no vas a saludar a Baïbars?" ¡Mi nunca ver noche tan mala como esa!

- Y yo, lo mismo –dijo Qalaûn.

- Sí, pero no es a mí a quien tenéis que venir a quejaros. Si me hubierais escuchado, ya habríamos llegado.

Consagraron el resto del día a hacer sus preparativos. Sharaf El-Dîn quería partir con ellos, pero Shâhîn le disuadió:

- No es necesario que abandones tu puesto –le dijo.

- No, no visir, tengo miedo de volver a tener una visita nocturna…

- No temas, yo haré todo lo necesario para que no se vuelva a repetir. Será suficiente con que vengas a nuestro encuentro cuando pasemos por aquí.

A la mañana siguiente, dejaron Damasco y, de etapa en etapa, muy pronto estuvieron cerca de Alepo; los rumores de su venida llegaron a Baïbars, que le dijo a Maarûf:

- Hermano, ya han llegado; ¡déjame al menos ir a recibirlos a Sarâqeb!

- ¡Aquí no mandas tú! –respondió Maarûf inexorable.

- Escucha el consejo del *jawand* Maarûf –intervino Dibl.

- ¿Cómo tú, el rey del universo –recalcó Hasan El-Hôrâni–, vas a molestarte en ir a recibir a esos palurdos?

- Eh, compadre –agregó Otmân, asomando la cabeza por la puerta–, n'olvides qu'eres un pez gordo. Amás, ahí'stá el sheij de los drusos que t'ha dicho que te quedes ond'estás, asín que ¿pa qué discutes? ¡Eh, Hâch Maarûf, si no t'escucha, no tiés más que sacudirle, yo m'encargo!

Mientras, el visir y su ejército comenzaron la marcha; pronto, llegaron a Jân Tumân. El cadí estaba muy enfadado:

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Y bien, Shâhîn, ¿así es cómo se comporta tu hijo Baïbars? Al menos, ¡bien podría acercarse hasta aquí para recibirnos!

- Pues yo –respondió el visir–, yo siempre le he conocido con una cortesía impecable. Él nunca se habría comportado así por su propia voluntad; no cabe duda de que no tuvo otra elección.

Y así llegaron a El-Ansâri, última etapa antes de Alepo, en donde pasaron la noche. Baïbars, que había enviado a unos exploradores, se enteró de la llegada de estos; se fue a ver a Maarûf, y le dijo:

- Escucha, hermano, te conjuro, por el pacto de Dios que nos une, a que me permitas ir mañana a recibirlos, ¡por deferencia al visir Shâhîn!

Tanto y tanto insistió que, para su gran alegría, Maarûf acabó por consentir.

- Vale, ¡basta ya! ¡Mañana por la mañana, después de hacer la plegaria, iremos todos juntos!

Entonces, Maarûf envió a su gente para que avisaran a los grandes de Alepo, que tendrían que pernoctar en casa de Baïbars, en la Sala Púrpura; luego se reunió con sus hombres y les dijo:

- Muchachos, mañana por la mañana, tenéis que organizaros en dos filas, desde la puerta de la ciudadela, hasta El-Ansâri, ¡armados de pies a cabeza y shâkriyyeh en mano!

- Hermano, y eso ¿para qué? –se extrañó Baïbars– Entonces, ¿es que no vienen con nosotros en el cortejo?

- ¡Eh, *jawand*, no me interrumpas! ¡Conténtate con mirar y déjame en paz!

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "La cabalgada de los Hijos de Isma'íl"

33 - "El golpe de estado de Maarûf"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6